NOTAS BIBLIOGRAFICAS

TAMAYO VARGAS, Augusto, *Camino de poesía*, ANEA ediciones, Lima 1986.

Como homenaje a los cincuenta años de dedicación a la literatura, la ANEA ha editado una antología de la poesía de Tamayo Vargas a la cual le ha atribuido el título de uno de sus libros, CAMINO DE POESIA, por su significado alegórico, propicio a la circunstancia.

Acompañan la antología comentarios y estudios sobre su poesía, narrativa y ensayo. Sirve de pórtico de esta publicación, el saludo jubilar de Luis Hernán Ramírez, Presidente de la ANEA.

Entre los comentaristas figuran Manuel Bandeira, José García Nieto, de la Real Academia Española de la Lengua, y Alfonso La Torre.

Dándole vitalidad al libro, se incluye una animada entrevista de Carlos Zúñiga, a través de la cual Tamayo Vargas asume una retrospectiva de todo su quehacer poético así como también explica el significado que tiene en su vida humana y literaria.

El trabajo que es un verdadero estudio de la obra integral de Tamayo Vargas, es el de Manuel Pantigoso. En él se hace el seguimiento de toda la trayectoria literaria de Tamayo Vargas, señalando los lineamientos de cada una de sus obras. Este recuento comprende toda su creación poética y narrativa y es un verdadero ejemplo de síntesis crítica.

La selección de los poemas constituyen el más elocuente testimonio de la indeclinable labor creativa de Tamayo Vargas, imbuida de vivencia personal, cosmopolitismo y contemporaneidad.

IVAN RODRIGUEZ CHAVEZ.

RAMIREZ, Luis Hernán, *Rozando el Ala de una Golondrina*, ANEA ediciones, Lima 1986.

Es el de Luis Hernán Ramírez un lirismo de pasiones no explosivas en el que los sentimientos toman forma perceptible en los símiles con el paisaje y la naturaleza. Es un lirismo, en sí mismo, respetuoso de sus fueros tradicionales en cuanto resiste la tentación de dejarse arrastrar por los temas sociales, como está de moda. Pero hablar de un tradicionalismo como género poéti co, nos fuerza a reconocer que hay modernidad en su contenido. En efecto, el amor que es un motivo de siempre, es "Cuchillo/ de flores vivas" ... o "Luz/ que se resiste/ y se derrama".

Junto a esta dualidad antiguo-moderno, la poesía de Luis Hernán Ramírez, trasunta espontaneidad. El cuerpo verbal del poema deja la impresión de haber sido concebido y escrito sin mayor meditación, como pura inspiración, sin rebuscamientos léxicos ni castillos sintácticos. Su estilo radica en la sencillez y la concisión a la exacta medida del mensaje. Esta espontaneidad sacrifica, ganando estéticamente, la técnica versificativa en función a la cual la estrofa constituye una agrupación indeterminada de versos, ade más, no sujetos a medida ni a rima. Son pocos los textos en los que el poeta encauza sus versos en las formas estróficas ya conocidas pero en ninguno vuelve ni al metro ni a la rima.

Cabe advertir que la aludida espontaneidad no puede enten derse como desaliño. Indudablemente, Luis Hernán Ramírez ha cuidado pulir respetándola escrupulosamente en su esencia de entrega sin artificios. Aquí debemos ubicar el secreto de su técnica: en trabajar un poema conservando la nitidez de su concepción, dándola por concluida como si así hubiera sido en su punto de partida.

Rozando el ala de una golondrina, dividido en cinco partes que consolidan su unidad temática, tonal y estilística, es el quinto poemario édito, que ratifica la calidad poética y lírica del autor y es el anuncio de una continuidad por sendas donde Luis Hernán Ramírez ha forjado ya una personalidad con identidad bien definida.

IVAN RODRIGUEZ CHAVEZ.

Rozando el ala de una Golondrina o el Paraíso. Luis Hernán RAMIREZ, Ediciones ANEA, Lima 1986, 68 ps.

Enseñoreándose en el reino de las aves —que es el espacio— el vuelo imaginativo de Luis Hernán Ramírez nos entrega *Rozando el ala de una golondrina,* sin lugar a dudas uno de los más bellos libros de la lírica peruana de los últimos años.

Preciosistamente hilvanado con versos sin puntuaciones casi —pero, inteligentes y sensitivos— y con la apelación ambivalente —y a veces trivalente y múltiple— de los vocablos, es un libro que logra transportarnos a atmósferas de inusitado lirismo y espectros deslumbrantes.

Dotado de gran sentido musical, no obstante la ausencia de puntuaciones, su estructura nos conduce en forma natural y espontánea a través del ritmo preciso de cada verso y de cada poema en su concepción total.

Y al mismo tiempo que el poeta se deleita jugando e intrigándonos con el premeditado engarce de palabras claves —como eslabones— entre un verso y otro, en la mayoría de los poemas la conjunción "*o*" surge a manera de pórtico hacia súbitos epílogos. Una conjunción que a veces es vocablo expreso y otras, en la licencia que se da el poeta, es sólo comunicación sugerida y tácita al ser reemplazada por el signo de los dos puntos. Una "*o*" que no sólo es disyuntiva, alternativa y equivalencia, sino algo más: asociación de identidad y síntesis con un mundo re-creado.

En cuanto al tema o eje del poemario, es el amor su soplo vital, sostenido por constantes que identifican y constituyen la personalidad creativa de Luis Hernán Ramírez. Unas, simbólicas y formales. Y otras, profundas y de muy larga vivencia, que emergen en los felices hallazgos de su rico caudal de imágenes.

Entre las primeras, la emblemática apelación que da título al poemario —*Rozando el ala de una golondrina*— se ve acrecentada en la presencia de toda una pléyade de aves que crea y comunica la lírica del poeta:

"llego a ti/ levantado / en el aire de las *aves*"... (p. 9)

"te vislumbro / en las hojas / dispersas / de la tarde / donde duermen los *cisnes*..." (p. 10)

"Sobre las cartas marinas / triste distancia / pasan las *golondrinas*..." (p. 37).

"y el ala de una *paloma* / limpia el cielo gris..." (p. 41)

"palpando *ruiseñores* / he llegado hasta tu cuerpo..." (p. 44)

"la tarde no se acaba / cicatriz de nieve / *paloma* de batista..." (p. 47)

"en el cráneo sellado / de implacables *golondrinas* / volando solas..." (p. 49)

"tiempo de ojo sesgo de *ave*..." (p. 56)

"fresca pluma en las entrañas / de tímidas *palomas*..." (p. 57)

(Aquí estoy)... "escribiendo / en el idioma de los *gansos* sagrados..." (p. 57)

"o *pájaro* cegado / en soledad de sombras / sobre fiestas y océanos..." (p. 62)

pluma de *ganso* en la tormenta / o cándida *paloma* de las tardes..." (p. 63)

"que huye bajo mis párpados/ rozando el ala de una *golondrina*..." (p. 63).

Constante esta —la de las aves y el vuelo— que unifica al libro, le da coherencia, y gracias a la cual nos elevamos en un viaje imaginativo "sobre el color de la tierra / donde (también) vuela la noche" (p. 56).

Pero, el paraíso del poeta es terrenal.

Y es en este paraíso donde descubrimos los más originales hallazgos creativos de Luis Hernán Ramírez y sus más vitales constantes de gran lirismo.

En el vuelo, que se establece desde el primer poema —"Rehén del tiempo / y la quimera / llego a ti / levantado / en el aire de las aves"— nos ha conducido primero al espacio. Y luego, por los caminos de la luz —ora "remisa", ora "oscura", ora "transparente" y "violenta" luz, "luz equivocada", "luz en la sien del universo", que es "cántico" y "causa de mis llantos" y es "luz de las flores" que "se expende en los mercados" y "luz de las simientes" que el amor enciende "entre apilados huesos"—, de pronto nos lleva hasta la "inmensa red del firmamento" (p. 62) y la noche "con pupilas de fiera" (p. 38), que "enciende sus espejos" (p. 38) y derrama la "leche lunar / que desmadeja / y vuela" (p. 62).

Pero, una vez concluído el vuelo, entre las alternativas del cielo y la tierra, el punto del descanso y del retorno es el suelo firme, el paraíso y su fauna rampante: el "caracol furtivo" (p. 20), la "sagrada serpiente" (p. 34), los "insectos del sueño" (p. 44), el "alacrán maldito" (p. 44), los "albos peces de antaño" (p. 58),

el "animal de ojos helados (p. 53), el "animal que duerme en la espesura" (p. 60) —¿será quizás el hombre?—, que "mengua hacia el futuro" (p. 60). Y que es donde se encuentra ineludible el verdadero paraíso del amor, donde mora y aguarda la "compañera / de carne y de penumbra" (p. 36) y donde habita "el rostro que no muere / el fruto la belleza / tu piel tu voz tu boca / maduros por el vuelo / alegres / y gloriosos sobre el fango" (p. 43).

Rozando el ala de una golondrina es, por su apariencia de primera vista, una entrega de breves y sencillos poemas de amor. Y sin embargo, cuando lo calibramos en el repaso de cada nueva lectura, es en definitiva un apretado y lúcido manojo de imágenes concebidas y planteadas por quien domina el difícil arte de hacer poesía. Imágenes que surgen como el fogonazo de instantáneas fotografías dotadas de vida propia en cada verso, en cada vocablo Y que, en su conjunto, es —en la expresión del vocabulario cinematográfico— esa hábil suma de flashes, encadenados de disolvencias, cortes, primerísimos primeros planos y racontos, armados en una edición final de exquisitas imágenes creadas para ser degustadas más y más en cada lectura y enriquecer la lírica peruana.

JOSE HIDALGO.

PANTIGOSO, Manuel, *Nazca.* Intihuatana Ediciones. Lima 1986.

"Nazca" (Intihuatana Ediciones. Lima, 1986) es el nuevo título que Manuel Pantigoso añade a su colección de poemarios. Por el tema y su contenido este libro se halla vinculado a la raíz más honda de nuestra nacionalidad e historia.

Pantigoso hace una concesión inicial al estilo caligramático ensayando una poesía visual y concreta que agrada por la disposición geométrica de sus versos, simétricamente ordenados como en *Génesis,* con que se inicia el volumen, o caprichosamente engarzados como en *Demonología de la Pampa,* el poema final.

Pero más allá de sus hallazgos y realizaciones formales la poesía de *"Nazca"* sorprende por la simplicidad y la profundidad de sus reflexiones que nos impactan por comunicación directa sin artificios retóricos. Se trata de una expresión poética de compromiso con nuestro pasado histórico, remoto y misterioso que la arqueología se empeña en clarificar y el poeta, bajo el imperio de los símbolos, asocia a una realidad actualizada y presente, llevando

su meditación y su mensaje a la discusión viva y abierta como contribución activa a la problemática de la vida del hombre.

La visión histórica en la poesía de Pantigoso asume un declarativismo seco y riguroso pero con un fondo estético y una abrumadora carga de sentimientos personales. Poesía sentida que se desarrolla fundamentalmente ligada al devenir y al futuro del país y de la humanidad pero que aparece también como un gran monólogo de su propia conciencia de hombre y de poeta:

> Qué abisal y votiva tu ascensión
> qué insumisa y bravía / acantilada
> por la colina próxima rendida
> tan afín y lejana ya de vuelta
> de la raíz de la piedra casi siempre
> qué lilas ensambladas al ocaso
> qué empozado tu pórtico de luna
> el miramar de mis vitrales musgos
> cogido por las aguas de tu campo
> de tu cielo al no haberte escrito nada
> ni tan solo una hoja que no nazca
> tan breve y estrellada por las líneas
> de la tierra que escampa por mis manos (p. 41).

Bajo la simplicidad atractiva de la forma los poemas de este libro se nutren de símbolos profundos y de significaciones muy hondas y humanas. El poeta se sitúa en el centro de las Pampas de Nazca rodeado por la inmensidad de un misterio indescifrable, el gran misterio de los trazos y dibujos gigantescos y, desde allí, se dirige a la multitud de sus contemporáneos con la fuerza y la vitalidad de una poesía que asegura una sólida ligazón del hombre con su pueblo y con su época: *"A la hora de nuestra hora / padre nuestro / Wiracocha / sembrador de astros / que nazcan / diciendo / nuestra tierra madre / nuestras señas cardinales /* (p. 13).

Lirismo muy sincero, éste de Pantigoso, que toca la verdad de nuestra existencia pasando por una vasta gama de estados del espíritu, de afectos, júbilos, dolores, pena, felicidad y alegría, es decir, toda una rica y variada diversificación de la vida humana que da a la lírica de Manuel Patigoso, vigor y complejidad, dos rasgos de su nueva poesía.

LUIS HERNAN RAMIREZ.

BELLI, Carlos Germán, *Boda de la pluma y la letra*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985.

CARLOS Germán Belli ha sido recogido en su vasta dimensión poética en este libro que ha editado el Instituto de Cooperación Iberoamericana en Madrid.

En Belli se han venido conjugando el surrealismo, que lo lleva a la construcción ilógica de materiales que afloran del subconciente, y la tendencia clásica de buscar el término que satisfaga su anhelo de innovación pero también de pureza, que denomina "instrumento mental de *pesapalabras*". *"Escribir* —añadirá— *es como tomar a peso todo sonido, todo sentido"*. De ese contraste sale su barroquismo, donde se confunden voces alquitaradas con las expresiones más inmediatas de insatisfacción por las cosas comunes y rutinarias de la existencia. Ese contraste culterano y conceptista se manifiesta hasta en el título de uno de sus primeros libros: *Oh hada cibernética*!, en el cual su posición crítica muy afiatada ofrece, por un lado, una tradición legendaria y, por otro, un conocimiento del presente y de los mecanismos científicos que deshumanizan al hombre.

Habría por señalar especialmente dos manifiestas características de su poesía: su tendencia a encontrar una forma que sea esencial para su contenido, y la vuelta a un "clasicismo" mayormente conceptista. El alambicamiento de las palabras y las frases, por consiguiente, es resultante de su manifiesta angustia *"em pedrada de carlos resentido"* y de un ofrecimiento doloroso de la condición de un hombre de clase media de una sociedad como la nuestra, que encuentra el camino de su redención en el manejo de un lenguaje poético exquisito contenido en un ritmo particular.

Ya decía en *Literatura Peruana*, en relación con sus primeros poemarios, que trasuntaban sus versos un pesimismo cubierto por efectos idiomáticos, por luces extrañas, mediante el uso de una original voz poética, tierna y a la vez engalanada, donde el juego creador no está exento de un humor ácido.

Poemas de 1958, *Dentro y fuera* de 1960 y *Oh hada cibernética*! de 1962, constituyen la base inicial surrealista y al mismo tiempo barroca de Belli. Ese amor en la muerte: ("tus ojos y mis ojos quedan juntos/mirándose ya fuera de sus órbitas/más

bien como dos astros, como uno); la familia guarecida en el fondo de la tierra ("entre las patas de los animalitos"); el encuentro de "la cazuela y el solomo" en "el estómago laico"; la petición al destino por hallar las fórmulas poéticas que lo satisfagan y sean "como un bálsamo a lo largo del cuerpo"; su sentimiento de rechazo de la existencia a la manera quevediana ("pregunto por qué no fui despeñado/desde el más alto risco"), se convierten en el grito poético de "Abajo las lonjas"... y en la reflexiva constatación de que vive en una "Bética no bella".

Al proseguir del tiempo ha ido acentuándose el señalado ritmo propio que pone definitivamente su sello en *El pie sobre el cuello* de 1964: ("Un sin fin a lo largo de los cuerpos/ de ilícitas abolladuras"... "Estos que hoy bofes boto mal mi grado/tamaños montes cuando me jubile") donde resuenan nuevamente viejas voces del renacimiento y el barroco españoles, en ese encontrado idioma poético en el que se anudan las buscadas expresiones con un tiempo determinado, e inclusive se va a buscar las fuentes de la rima como una mayor incitación al perfeccionado logro poético que le suene eficaz y armonioso al poeta. Su protesta del vivir se resuelve en esa depurada forma en que la contorsión señala una sucesión de preguntas y respuestas agobiantes que se resuelven en un compás ajustado.

Continuará esta vía de poesía perfeccionista y a la vez conversacionismo de poesía contemporánea a la suya, en *Por el monte abajo* de 1966. En este poemario son clave de su lírica: "Contra el estío" ("Así tras de asir yo de la cuna a la tumba/ por cuestas y laderas del empinado monte"); "Fisco" ("En tus doradas aras, padre Fisco"); o "Mis ajos" ("Esta que en huerto de ajos tal se torna... con mal olor de feos bulbos siempre"); y las "Sextinas" ("el cuerpo pase a polvo en plena zaga"), donde la persecusión de la forma continúa cabalgando al lado de esa concepción fatalista, desalentada, y al mismo tiempo crítica de una sociedad mal concebida.

Habría que citar, luego, *En alabanza del bolo alimenticio, Canciones y otros poemas*, en sucesivas ediciones, para culminar en ese libro impreso por el Instituto de Cooperación Iberoamericana en 1985, resumen de anteriores entregas poéticas y confirmación, a través de una auto-selección, de la finura, del talento, de la auténtica vocación de Carlos Germán Belli, voz singular de la poesía peruana contemporánea con la colaboración de un len-

guaje que lo distingue tan claramente. Peculiar interpretación de la existencia sobre "el verde mirto de la infiel gramática/en cuyo leño está injertado a fondo".

AUGUSTO TAMAYO VARGAS

VARGAS LLOSA, Mario, *¿Quién mató a Palomino Molero?* Editorial Seix Barral S. A., Barcelona, España, 1986.

Mediante el aprovechamiento de una realidad geográfica y social conocida por el autor, Vargas Llosa, dentro de una de las líneas de su narrativa, lleva a la ficción literaria la problemática de la justicia en el Perú.

Es importante precisar que dentro del conjunto de obras sobre esta temática, *¿Quién mató a Palomino Molero?*, figurará con identidad específica porque ha logrado asumirla desde perspectivas diferentes. No es ya el encarcelamiento arbitrario ni la sentencia parcializada la materia explotada por la obra. Más que los abusos contra la libertad y las lacras de la administración de justicia es la vida-muerte la que explica su concomitante justicia-injusticia. Pero ambos valores no funcionan aisladamente sino en el contexto de las relaciones entre débiles y poderosos en que se divide la población.

Esta dicotomía privilegiados-desvalidos sociales, en su versión peruano-provinciana, diseña como polos opuestos a los militares y al pueblo. Los primeros constituyen la capa alta y hegemónica en relación de intereses distintos con los del pueblo. El cuartel aparece como infranqueable e intimidatorio, con evidentes trazas de extraterritorialidad. El pueblo frente a ellos es una plaza indefensa y enajenada. En tales tensiones conflictivas la ley no tiene el mismo peso para ambos. Sobre él gravitan todas las limitaciones al derecho en tanto ellos gozan de todas las franquicias, incluyendo una suerte de impunidad.

Para tamaño desequilibrio la vida no es el primer derecho de los de abajo ni el valor supremo tutelado por toda la sociedad. Es, más bien, la primera consecuencia, el primer efecto de la injusticia. La muerte la credita con evidencia.

Desde el nivel argumental, antes que la historia de la muerte del avionero, la novela desarrolla como historia central las

vicisitudes de la investigación policial. Descubrir a los autores del homicidio y sus móviles por obsesión profesional y la presión de la crítica popular, convierte en personajes protagónicos y acaparadores del interés del lector, al Teniente Silva y al Guardia Lituma. Ellos desplazan del primer plano al Coronel Mindrau, autor intelectual del asesinato, a Alicia, cuyos amores con la víctima ocasionará el crimen, al Teniente Dufó, uno de los autores materiales del asesinato.

Sólo la historia del enamoramiento del Teniente Silva de doña Adriana, que se desprende de la principal, podría ser considerada como historia paralela. Pero, además, es la historia central la que origina fugaces y pequeñas historias interpoladas sin trazo firme.

¿Quién mató a Palomino Molero? tiene como escenario narrativo los arenales de Piura y Talara, apenas presentados para dimensionar el personaje humano. No interesa al novelista la descripción del paisaje. Resaltarlo, significaría opacar a los héroes novelescos no en lo que son o cómo son, sino en su actuar. A cambio de los pormenores físicos sobre los personajes se advierte el seguimiento de sus actividades como método de construcción de la imagen que el lector debe hacerse sobre ellos. La descripción, en efecto, no tiene cabida ni en el escenario ni en los protagonistas.

Vargas Llosa, en esta novela, desarrolla una narración muy dinámica e intensa a la vez que versátil en el uso de los planos objetivos y subjetivos. Los hechos se suceden linealmente, progresando a ritmo galopante, pero volviendo a retomar los anteriores, tras ligeras interpolaciones, en una secuencia perceptiblemente lógica.

Esta confluencia en el texto de comunicación y técnica y de verdad y fantasía entremezcladas hace de *¿Quién mató a Palomino Molero?* una novela a ratos denuncia, mito y moraleja.

IVAN RODRIGUEZ CHAVEZ

NUÑEZ, Estuardo, *España vista por viajeros hispanoamericanos*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1986. 1986.

Se diría que está escrito: para olvidar, viajar. Cuando nuestros abuelos querían convertir en recuerdo esos amores que

ellos calificaban de vitandos, un viaje servía para curar equivocaciones y males del corazón. No importa que hoy los psicoanalistas sonrían frente a la receta, porque tampoco están presentes los abuelos para acusar recibo de la sorna. Pero también era dable viajar para recordar: unos se guardaban la experiencia para su coleto, y otros no resistían la tentación de compartirla. Algunos ciertamente por vanagloria; proclamarse viajero era, tal vez, un modo de calmar los ímpetus de la vanidad, o de dar rienda suelta —con el gesto y la palabra— a la ostentación. Sea como fuere, lo cierto es que —desde una perspectiva literaria— viajar fue siempre hermoso pretexto para relatar el viaje. Un viaje siempre suscita en nosotros fantasías y remueve ansias ocultas del corazón. A veces nos atrae todo cuanto comporta de inesperado. A veces, todo lo que de irreal contiene en sí el proyecto de 'ser otros' por un instante, de sentirnos 'distintos' en un territorio que no es el de todos los días ni el de nuestros contertulios habituales. En este libro se relatan viajes a España de mucha gente de pasaporte hispanoamericano: Estuardo Núñez ha reunido textos que, para nuestra información y deleite, anuncian cómo podía ofrecerse España en otras épocas a los ojos de gentes diversas. A mí me interesa recordar acá cómo vieron a España algunos peruanos a muchos de los cuales conocí y traté. Y como evidentemente no he conocido a Ricardo Palma (a pesar de que él conoció a todos cuantos vivieron y han de vivir en esta Lima sucia y hermosa), me detengo en Víctor Andrés Belaúnde.

Cómo no iba a sentirse impresionado por España, católico y sentimental como era Víctor Andrés; y cómo tenía que ser Toledo —y con Toledo, el Greco— lo que más le impresionase. Toledo era como una vasta iglesia que el Theotocopoli iba poblando de retratos de santos, y en el claroscuro de cuyos cuadros sentíase Belaunde más aprisionado por el fervor y más asentado en su fe: Así le oímos confesar que;

> "lo esencial estaba presente a la tabla rasa de mi espíritu. La expresión de lo divino, la insertación de lo eterno en el tiempo, el impacto de lo sobrenatural en un episodio histórico. Recorrí los cuadros de los Apóstoles. El pintor tenía el raro don de hacer hablar a sus personajes con los ojos y con las manos. Y toda su corporeidad estaba influida por el espíritu".

Para Belaúnde, Toledo es el Greco, y España es la obra portentosa y evidente de la Iglesia, y la sucesiva influencia de sus instituciones tutelares: una historia acumulada en los hombres, que pesaba sobre ellos como una gigantesca cruz. Frente a esta visión, claro se está que los ojos de César Vallejo quieren hacerse a otra perspectiva. Para Vallejo, con ser evidente la presencia de El Greco y de la historia plasmada en los monumentos, Toledo es la "actualidad" (que es también la historia): las gentes concretas de la hora resultan para él lo más sintomático de España.

Mientras ese espíritu bohemio y travieso de Felipe Sassone ve en Madrid la "ciudad alegre y noctámbula, ebria de entusiasmo y de luz", con su "azul purísimo de cielo intaliano", lo que Vallejo admira en la misma ciudad es el reposo: no le atrae refugiarse en los clichés literarios y por eso descubre en ese plácido "sosiego de gesta" instalado en la capital que ahí hay mucha gente, gente "confiada, ingenua, de una ingenuidad experimentada de gente mayor, como en la literatura de Chéjov y la del polaco Reymont". Claro que es literatura, sí; pero es esa viva literatura del teatro, con sus personajes evidentes y actuales, que tienen y muestran a veces 'sus' penas concretas. Los 'españoles' constituyen para Vallejo el espectáculo, el descubrimiento. Son el 'paisaje viviente'; y por eso él apunta que "la diferencia está marcada, naturalmente, a favor de la vida civil en que los valores permanentes de humanidad priman sobre el humo de la locomotora, sobre el plazo bancario, sobre la corneta del automóvil y sobre el ala convencional del aeroplano". Frente a todos esos signos del progreso y del tráfago, él siempre rescata lo humano e integrador que hay en el hombre. Por algo estamos en otra época, y en los versos de Rubén Darío puede leerse el estertor de la retórica romántica.

Los ojos impregnados de nueva sensibilidad van asomando. Por eso la actitud con que el propio Aurelio Miró Quesada se acerca a las ciudades viene endeudada a la sensualidad de la estereotipia modernista, y por eso Barcelona se le antoja una mujer "desde la curva suave de los hombros, hasta la morbidez audaz de las caderas (...) con todo el aspecto de las mujeres fuertes de la Biblia". Su retrato se nos vuelve convincente sobre todo porque coge a la *bien plantada* ciudad desde las raíces mismas de la antigüedad, y nos es fácil así acompañarlo en la afirmación de que Barcelona "ha debido ser Judith. Vigorosa, sencilla; pero también llena de gracia". En esta ágil descripción Miró Quesada anuncia cómo su espíritu viajero está ya adiestrando la pupila para

posteriores contemplaciones, que consagrarán prosa y paisaje en su *Costa, sierra y montaña.*

Pero los años pasan, y las guerras dejan su huella. De cuantas han asolado a Europa en lo que va de siglo, una ciertamente alcanzó a España en la misma columna vertebral. No puede extrañarnos que cuando, en 1952, José Luis Bustamante se asoma a Salamanca, con el consular prestigio de magistrado que todos le reconocemos, y con la aureola por entonces ya consagrada de singular demócrata, su retina arequipeña lo retenga especialmente ante las piedras doradas de Salamanca:

> "Salamanca es una urbe pétrea. Viejas canteras de los contornos le vienen dando, desde hace siglos, el tributo de sus piedras sillares. Blancas son éstas cuando, recién talladas y pulidas, salen de las manos del picapedrero para alinearse en la tersura de las torres".

Pero este viajero del año 52 es también el poeta de algunos años atrás, y su sensibilidad sabe encontrar los resquicios por los que Salamanca "es también poesía y espíritu".

Y como hombre y figura a veces van confundidos, explicable resulta que el fervor por la metáfora y el color se empeñen en la descripción con que Chocano, en el Madrid de 1910, evoca el incendio de unos famosos almacenes en el Rastro, hecho que centra su interés:

> "Las llamas han danzado ágilmente sobre un hacinamiento de cosas sin nombre. Hicieron su aparición fantástica, rasgando el crespón de la noche; y arrojaron sus puñadas de rubíes contra las estrellas de diamantes".

Esto puede ser, por cierto, Madrid o Singapur, Asia o Europa. El color y las formas al servicio de la imagen perseguida y del eco musical de las palabras no pueden desmentir que es ciertamente Chocano el feliz imaginero. Y no es que Madrid no atraiga por sus gentes: a Chocano lo atrae por el color. Y por eso en Andalucía el poeta destacará, en la feria sevillana, a la mujer "que pone la frescura y la desnudez por encima del artificio y la elegancia" en un programa estético singular, donde "más atra-

yente que el mejor peinado, será siempre la cabellera de Berenice desplegada y luminosa". No le pidamos a Chocano sino música y color; en el coso, antes que la bravura de la bestia o la audacia del hombre, lo importante será que "el sol viva los trajes y las almas", y "el ciprés andaluz es como un embozado, en cuya capa se esconde una jaula de tórtolas".

Qué contraste con ese espíritu juguetón que fue Félix del Valle (*Vallecito* para quienes le gozamos el humor). Treinta años después de Chocano, la música y el embrujo sevillanos se encierran para él en un guitarra:

> "Una guitarra entre las manos de un moreno, duro, seco, metálico. Instrumento de su existencia, amado como una novia, pleno de secretos intraducibles para los extraños, sensible al tacto, rico para el oído, sensual para la mirada que se obsesiona con el central hueco redondo, ombligo en medio de las caderas truncas de esta miniatura de mujer que es la guitarra flamenca".

De la mujer y del paisaje hemos pasado, casi sin quererlo, al mundo de las cosas. *Wörter und Sachen es* —por entonces— expresión que en los cenáculos científicos comienza a interesar a los filólogos. Hermoso maridaje de las palabras y las cosas Los objetos tipifican a los pueblos y a las culturas. Después de todo, el fetichismo siempre anidó en los más puros intersticios del hombre. Y es que a medida que nos acercamos a estas horas de hoy —de pesarosa incertidumbre para tanta gente— los pueblos han ido precisando su paisaje en el alma humana. Los alimentos (enseña Lévy-Strauss) forman parte de nuestro paisaje vital e integran lo vivido. Lo vivido y lo leído han ido perfilando en nosotros el valor de lo trascendente y lo real, el distingo entre apariencia y realidad, y se impone ahora diferenciar lo continuo y lo discontinuo, lo accidental y lo permanente. Las Ciencias Humanas trazan nuevas coordenadas. La historia no sólo es lo de ayer. La historia es también lo actual, y lo actual es lo de ahora, y en este instante se juntan y repiten, pero también (felizmente) se renuevan las aguas que al viejo Heráclito sirvieron para postular que hoy es tal vez la forma anticipada del porvenir.

Casi treinta años hace que José María Arguedas llegó a Sayago, meseta granítica entre el Duero y el Tormes, zona que —como

apuntó Arguedas, hombre del Ande— "carece de montañas que merezcan tal nombre". Fue sin duda un contacto luminoso que ahora nos permite penetrar en la intimidad de José María: el antropólogo y el novelista en él animados no pueden reducirlo a ser espectador gratuito. Comprometido está con el hondo paisaje interior que lo penetra (su almo paisaje andino) y constituye obligado telón de fondo desde el que cobra horizonte esta inesperada perspectiva española:

> "En esta meseta de Sayago se respira la solemnidad y el silencio geográfico que quien haya estado en las punas del Perú puede comprender mejor".

No, no es Arguedas un espectador cualquiera: peruano, y oriundo de los Andes es. ¿Cómo no ha de aprovechar entonces la lección? Confrontando 'experiencias' de paisaje, hechos vinculados con su propia biografía que den autenticidad a su relato al par que revelen la preocupación del legítimo hombre de ciencia que Arguedas también era:

> "... en las mesetas de España hay árboles, bosques y millonarias sementeras; no tienen el silencio y la férrea tristeza de nuestras llanuras de la puna; y aunque en ciertas zonas hay gran sequedad, ella está animada siempre por la figura nunca muy lejana de los árboles".

Desde el antiguo elogio de Alfonso el Sabio lo sabemos. Poblado de árboles fue siempre el paisaje español; aún el de esos artificiales paisajes medievales con sus prados bien sencidos y sus claras fuentes rientes de Berceo. Triste y desolado el corazón de Arguedas, como un reflejo de la desolación y la tristeza de su puna. No lo visita sin duda el regocijo al consignarlos ("En ninguna región los campos son tan yermos y pelados como en el Perú"), pero adivinamos el encendido rubor de sus mejillas y la frescura de su sonrisa cuando reconoce que los campos españoles,

> "en la primavera y el verano se embellecen prodigiosamente con el canto de los pájaros y las flores que brotan verdaderamente a raudales, amenazando la propia vida de las sementeras, como ocurre con la ama-

pola que tiñe de rojo vivo los campos de cebada, trigo y centeno y en no pocos trechos llega a dominarlos por completo".

Y junto a estos testimonios peruanos, cuánto nos queda por recoger de tanto americano ilustre que propongo a la inquieta sed de lectura del futuro lector de este libro. Sí, basta recorrer la antología de Estuardo Núñez con ojos alertas para descubrir el halago de inesperados horizontes de lectura. Cómo una misma ciudad se ofrece distinta a hombres de generaciones diversas y de meridianos distantes. Cómo difieren los gustos en el tiempo, y cómo se trasuntan —por mor de la variada descripción— los modos como han ido reptando (sin nosotros advertirlo) las ideologías. El paisaje en los tiempos de hoy está pestilentemente ideologizado.

Descubrir a España con pupila hispanoamericana es, así, posibilidad que nos brinda el hermoso texto de Estuardo Núñez, en esta nueva muestra de su fervor docente. Siempre promueve una antología palabras de coincidencia y voces de reserva: es el destino de todo florilegio, y la crítica contemporánea no perdona ni siquiera a los más reputados textos del Renacimiento. Yo quisiera apuntar —sin embargo— las virtudes y las penurias del antólogo: asume todos los 'errores' supuestos, y comparte todos los aciertos. Muchos piensan (gracias al error que ciertamente propician la improvisación y el alarde) que el autor de antologías es sólo un ávido recolector de textos, que busca y junta al azar. Ignoran que ese es también "negocio de particular juyzio" (como apuntaba Fray Luis de León), y negocio que consiste en sopesar la conveniencia de los textos por contenido y valor documental, y en elegirlos tras previa confrontación según las oportunidades, atento siempre el antólogo al propósito central que todo florilegio busca ilustrar. Trabajo es de peso, y no para que se arriesguen en él iniciales empresas. Ya es largo el trajín que en tales quehaceres tiene documentado Estuardo Núñez. Con esa tarea se halla vinculada, en la historia de nuestra crítica literaria, la literatura de viajeros, a la que él supo dedicar empeño y ciencia. Esta obra de hoy se engarza, por tanto, en una tradición que Núñez ha venido enriqueciendo con precisión germana, con persistencia singular y con puntual acierto. La sobriedad ha sido siempre rasgo sobresaliente en sus trabajos académicos. Sobriedad en los juicios, sobriedad en el lenguaje. No son virtudes que prodiga el azar, ni en ellas puede hallar refugio la improvisación. Son, por el contrario, instancias

que van labrando y asegurando el ardoroso estudio y *lungo amore*. Para dar fe de ese envidiable maridaje sale de prensas españolas este libro. Con ese motivo ratificamos a Estuardo Núñez nuestro respeto y nuestra adhesión. Y le reclamamos persistencia y amor en el oficio.

LUIS JAIME CISNEROS

NUÑEZ, Estuardo, *España vista por viajeros hispanoamericanos*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1986, 503 p.

Pocos géneros hay más atractivos que éste en el que se recogen las impresiones fugaces del viajero, los recuerdos de momentos y situaciones inolvidables o las reflexiones de mentes que deducen de esas vivencias algo más que la estampa pintoresca o el comentario insubstancial. A través de las páginas reunidas en este volumen, una literatura aparentemente banal y de mera curiosidad se hace viva, inquieta, revela los secretos históricos y artísticos del país, y puesta al servicio de ideas se va impregnando de sentido político y refleja las vicisitudes de la vida española.

Es notorio que al viajero perspicaz lo que mayormente reclama su atención, y por consiguiente lo que de preferencia acude a los puntos de su pluma, si posee un espíritu avizor y capacidad descriptiva, es justo lo que se aparta de sus costumbres y hábitos, lo que difiere de su entorno cotidiano, lo que discrepa de su mentalidad. Si es un observador atento y su narración puntual dejará plasmadas estampas que en síntesis delinean todo un panorama social, estético, cultural o político. Esos recuerdos, memorias o impresiones de viaje logran así consignar no sólo lo que contempló un momento la retina del curioso y tal cual evocación histórica o artística, sino que al ritmo de la técnica narrativa, puede convertirse en una fiel estampa, un minucioso inventario o una ensoñación de altos quilates. Los libros de viaje no pueden ser una vulgar descripción de los lugares —para eso están las guías turísticas— ni un tratado científico de las comarcas recorridas —para eso están los textos de geografía o de estadística—, ni un recuento de monumentos y lugares artísticos. Deben de mantener a salvo la frescura de la impresión inicial del descubrimiento emocional.

Un libro como esta recopilación equivale a un viaje ideal por tierras españolas. A través de la retina de los autores recorremos los polvorientos caminos decimonónicos, presenciamos desde la estremecedora Semana Santa hasta los festejos verbeneros, con sus charangas y su bullicio popular; nos sentimos sobrecogidos ante paisajes, monumentos y lugares históricos, y en cada página aprisionamos una faceta de lo que Camille Mauclair llamó la espléndida y áspera España.

En ocasión solemne en la Real Academia de la Historia madrileña formulaba a nuestro intento Gregorio Marañón una observación que entiendo muy ajustada. Decía en 1950: "Viajar es una de las ocupaciones más nobles y más eficaces que el hombre puede realizar; y es ahora el momento de decirlo, cuando el viaje, en su sentido riguroso, está en trance de desaparecer, aniquilado por ese insípido émulo que es el turismo. Muchas veces se ha comentado, y yo mismo lo he hecho, las diferencias que separan el viajar del hacer turismo. En el viaje hay un afán estético o un afán científico; siempre un afán que se realiza o que se intenta realizar; y esta curiosidad profunda falta en el turismo, que es sólo fugaz pasar y ver. El turista, en el caso mejor, es un aspirante a viajero; pero su aspiración se queda siempre en simulacro. Sobre esto estamos todos conformes... Viajar supone siempre un rango que el turismo no puede tener... El turismo, en efecto, ha suprimido todo lo que el viaje tiene de ilusión y de incógnita al dar resueltas, con matemática exactitud, no sólo las etapas de la expedición sino sus posibles contingencias. El turismo, que es la perfección en la técnica del viajar, al darnos el billete circular nos condena a renunciar a todo lo imprevisto. El máximo placer espiritual del turista se reducirá a confirmar los espectáculos rigurosamente anunciados, pero ya no existe para él lo que era alma del viaje, es decir, la curiosidad por lo que no se sabe si va a suceder o no va a suceder".

Larga ha sido la cita, pero he querido traerla a colación pues perfila con precisión los rasgos de estos relatos de viajes, escritos por trotamundos que saben captar escenas y visiones fugaces, muchas veces nimias, pero de fotográfica veracidad, que no son en fin de cuentas puramente recreo literario, sino elemento valioso para el historiador, pues en esas páginas se remansa el fondo vivo de una época, que después es grato ir poblando con los protagonistas consagrados, y así proporcionan sabor y gracia humana al severo cuadro histórico.

Pero también estas páginas trasuntan, como el reverso de un tapiz, los rasgos de su autor, su idiosincrasia, su talento espiritual. en una palabra, configuran un retrato vivo de su personalidad y nos trasladan a su época. Permítaseme certificar esta apreciación gracias al conocimiento personal de algunos de los autores recogidos en esta antología. Bien se ve que el colombiano Germán Arciniegas escribe arrastrado por la fascinación de Unamuno en la Salamanca de 1931. José María Arguedas, con la sobriedad de su atavismo, alterna las impresiones del hombre andino en su descripción de la meseta sayaguesa en tierras de Zamora. Víctor Andrés Belaúnde, al par que descubre en su ambiente toledano la pintura del Greco, no puede reprimir su constante evasión hacia los campos de la Sociología. José Luis Bustamante y Rivero, sensible y fino, vibra emocionado en Salamanca, síntesia de piedra y espíritu. La bondad de Pedro Henríquez Ureña tiene un recuerdo hasta para los dulces típicos de los pueblos. El cubano Antonio de Iraizoz y de Villar se siente como en casa en tierras galaicas. ¿Quién más capacitado que Enrique Larreta para darnos en concisos párrafos todo lo que Avila significa? Una vieja crónica de Aurelio Miró Quesada Sosa, con relumbres dannunzianos y dorsianos, nos traslada a la Barcelona de la época de la Dictadura primorriverista. La estampa de Gerona por Federico Mould Távara trae a la memoria la concisión y la melancolía azoriniana. José de la Riva-Agüero comparece con el telegráfico guión de una charla en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en la que disertó —y es lástima que no se conozca el texto completo de esa conferencia— sobre las similitudes entre Sevilla y Lima. De Felipe Sassone, gran bohemio y eximio escritor, acaso más expresivas que las páginas suyas recogidas en la obra que nos ocupa, recuerdo otras de sus memorias, titulada *La rueda de mi fortuna*, que me permito sugerir eventualmente para la segunda edición. De Manuel Solari Swayne, ¿que otra cosa se podía esperar, sino unas estampas transidas de amor y de ternura por España? Las páginas de Félix del Valle, Vallecito, injustamente olvidado, recuerdan de inmediato las de Reyles sobre Sevilla y las de Barrés sobre Toledo, y finalmente, las de Arturo Uslar Pietri son el fiel trasunto de su espíritu señero y señorial.

Cuando volteamos la última página de *España vista por viajeros hispanoamericanos* —¡al fin hispanoamericanos y no latinoamericanos!— nos asalta la tristeza que invade el ánimo al término de un viaje felicísimo, y nos sentimos incitados a volver a dialogar

con ese egregio elenco de autores seleccionados con tanta finura crítica por Estuardo Núñez, a los que el Instituto de Cooperación Iberoamericana, reanudando una noble tradición de mecenazgo, ha editado con elegancia y sobriedad.

Sólo resta exhortar a Estuardo Núñez para que nos ofrezca en su día el libro al que el presente lo compromete: el de América vista desde la perspectiva de los escritores españoles.

GUILLERMO LOHMANN VILLENA